

La presencia de la Iglesia

La Celebración

Pbro. Silvio Marinelli Zucalli

Con el número precedente de la Revista hemos empezado a presentar los sectores de la Pastoral de la Salud: anuncio, celebración, testimonio con la fraternidad y con la solidaridad. En este número, haremos algunas reflexiones sobre el tema de la celebración.

El anuncio tiende a favorecer el conocimiento de Jesucristo; la celebración mira al encuentro con Él. Se trata de un dinamismo lógico y secuencial: ¿Cómo podríamos celebrar su presencia y encontrarnos con Él, sin haberlo antes conocido?

Sacerdocio y culto

En el Nuevo Testamento, se aplica la terminología sacerdotal a Cristo (Carta a los Hebreos) y a la comunidad cristiana en su conjunto (Primera Carta de Pedro): Jesús es el sumo y eterno Sacerdote que ofreció, una vez para siempre, el único sacrificio perfecto, el de su vida, en el altar de la cruz; la comunidad cristiana, imitando a su Señor, está llamada a ofrecerse a Dios Padre: éste es el verdadero sacrificio.

El NT, para señalar los ministros del culto de la Iglesia, utiliza toda una serie de términos: ancianos o presbíteros, supervisores u obispos, pastores, etc. Actualmente a los ministros ordenados se les atribuye comúnmente el título de sacerdote y se habla, refiriéndose al ministerio ordenado, de ministerio sacerdotal o también de sacerdocio ministerial. La utilización de un vocabulario diferente respecto al Nuevo Testamento es ciertamente legítima y está avalada por un uso plurisecular. Sin embargo, esto debe hacernos conscientes de que el verdadero “sacerdocio” es el sacerdocio de la vida: ofrecer al Padre nuestra vida, con su trabajo y compromisos, nuestros esfuerzos y sufrimientos, nuestra disponibilidad en cumplir la voluntad de Dios. El sacerdocio del NT vive una transferencia precisa y decisiva del mundo de los ritos al mundo de los hechos de la vida: al centro del discurso está el sacerdocio único y perenne de Cristo, realizado no en un marco ritual, sino en el ofrecimiento de su propia vida al Padre y a los hombres. Él es el nuevo templo, el nuevo sacrificio. Y los cristianos, por la fe (no primeramente por una acción de culto), viven en Él e, imitando a Cristo en los hechos de la vida, son con Él y en Él, templo, sacerdocio y sacrificio.

“...Todos los discípulos de Cristo, perseverando en la oración y alabanza a Dios..., han de ofrecerse a sí mismos como hostia viva, santa y grata a Dios..., han de dar testimonio de Cristo en todo lugar, y a quien se la pidiere, han de dar también razón de la esperanza que tienen en la vida eterna...” (Lumen Gentium 10).

La celebración de la liturgia

La Iglesia tiene sus celebraciones, su culto, sus ritos: en el momento de la liturgia la Iglesia se recoge en sí misma, reconoce la desproporción entre el sacerdocio de sus obras y el de Cristo, descubre la pobreza y la ineficiencia de los hechos, en los cuales,

ha buscado bajar la potencia del don del Espíritu, y regresa a buscar la raíz de toda su posible eficiencia, a través de la evocación sacramental de Cristo, de su sacerdocio, del evento sacrificial de su vida, muerte y resurrección.

La celebración se realiza por presencia de diferentes personas y ministerios, de palabras, de gestos, de cosas. Lo más importante es que la ritualidad cristiana es *sacramental*, es memorial de Cristo, es una acción misteriosamente eficaz, en cuanto lleva a encontrar la única acción definitivamente salvífica, la de Cristo.

El ministro ordenado representa, en las celebraciones de los Sacramentos, y en particular en la Eucaristía, a Jesús que se entrega en alimento a su pueblo. Aquí se puede decir con toda razón que el ministro ordenado es otro Cristo: los gestos y las palabras que el sacerdote hace y dice cuando preside la Eucaristía, realizan verdaderamente aquello que Cristo hizo en la última Cena, por la acción eficaz del Espíritu Santo.

Dimensión eclesial de la liturgia

La liturgia es, pues, ante todo acción de Cristo. Sin embargo es, al mismo tiempo, acción de la Iglesia. Toda la asamblea de los fieles es invitada a participar, a celebrar, a unir su ofrecimiento al de Cristo. Todos deben participar de una manera devota y piadosa, activa y participativa, personal y comunitaria. Es la fiesta del encuentro con la vida y la misericordia del Señor. La celebración permite expresar la fe y aumentarla, alimentarla con la fuerza misma del Espíritu Santo.

Es necesaria una catequesis previa, para que las palabras, los gestos y las posturas sean entendidos y valorados.

En la Pastoral de la Salud

La celebración de los Sacramentos es importante porque permite reunir a la comunidad, hacer una experiencia de grupo, que saca del individualismo; hace nacer relaciones de solidaridad, incrementa la comunión, hace presente a Cristo. El mismo hecho de reunirse se convierte en una experiencia eclesial, de crecimiento de la comunidad: “Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, estaré presente entre ellos” (Mt 18,20).

La liturgia, cuando está bien explicada, comprendida y vivida, llega a ser un momento significativo de evangelización y de crecimiento en la fe de los enfermos, sus familiares y agentes de la salud. Más bien, para estos últimos, puede revelarse uno de los raros momentos de encuentro comunitario.

La celebración de los sacramentos

Los Sacramentos son gestos simbólicos que manifiestan en el tiempo del sufrimiento la continuidad del amor de Dios hacia su pueblo.

El sacramento de la Reconciliación libera al enfermo de los pecados y lo pone receptivo a unir sus sufrimientos a la pasión de Cristo. Manifiesta la bondad de Dios Padre, quien – por medio de la muerte y resurrección de su Hijo Jesucristo y por medio del don del

Espíritu Santo – quiere reconciliar consigo a toda la humanidad, ofreciendo a todos los hombres la plenitud de su comunión.

Memorial de la pasión del Señor, la Eucaristía es el centro de la vida espiritual del que sufre. Participando de la celebración eucarística o nutriéndose del Cuerpo de Cristo llevado a los hogares o centros de salud, o recibiendo la comunión bajo la forma de Viático, el enfermo es fortalecido y dotado de la prenda de la resurrección. La Eucaristía, memorial del sacrificio de Jesucristo, nos introduce en la dinámica de Quien da su vida por amor.

La Unción de los Enfermos es la forma propia y más típica de la atención del Cristo total (de Cristo y de la Iglesia) hacia la difícil y fundamental experiencia humana del sufrimiento. Comunica la fortaleza del Espíritu Santo para luchar contra la enfermedad y al mismo tiempo para transformar el sufrimiento en oración salvífica para el mismo enfermo y para la comunidad eclesial.

La insistencia del Magisterio sobre el Sacramento de la Eucaristía nos compromete a valorar mayormente la Eucaristía como Viático para nuestros hermanos moribundos. “Cuando los cristianos pasan de esta vida, son confortados por el Cuerpo y la Sangre de Cristo, como viático, y en esta forma poseen la prenda de la resurrección que el Señor prometió: “El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día...” (Jn 6,54) La comunión, recibida en forma de viático, debe considerarse como una señal especial de participación en el misterio que se celebra en la Eucaristía, que es la muerte del Señor y su paso hacia el Padre”. Recordemos que “todo cristiano bautizado, capaz de recibir la comunión, está obligado a recibir el viático por el precepto de recibir la comunión cuando, por cualquier causa, se encuentre en peligro de muerte”. Los sacerdotes, además, “deben procurar que la celebración de este sacramento no se difiera, sino que los fieles sean alimentados por el viático cuando aún estén plenamente lúcidos”. “Es muy recomendable que durante la celebración del viático, los cristianos renueven la profesión de su fe bautismal, por la cual, Dios los adoptó como hijos suyos y se convirtieron en coherederos de la promesa de la vida eterna” (Del Ritual).

La oración junto al lecho del enfermo

Otro momento de santificación importante, para los enfermos, es la oración junto al lecho, por la Liturgia de la Palabra y de las Horas.

Se trata de momentos, tal vez, breves pero que pueden asumir una importancia significativa, en la tarea de formar una fe que sepa ofrecer al Señor la propia existencia hecha también de negatividad.

Finalmente, no se debe olvidar otros actos de culto: ejercicios piadosos (el santo rosario individual y en comunidad, el Vía Crucis, etc.) y todos aquellos gestos, bendiciones, oraciones, que se llaman *sacramentales*: tienen una estructura análoga a los Sacramentos por el lenguaje de los signos. El Sacramental, la bendición del enfermo en particular, va siempre considerado en relación con el Misterio Pascual. Todo rito tiene la finalidad de actualizar el Misterio Pascual: los sacramentales y otros ritos y ejercicios

CENTRO SAN CAMILO
VIDA Y SALUD
NO. 15 (2005)

piadosos ponen al fiel en actitud de súplica, para que su existencia sea animada del Espíritu de la Resurrección y pueda orientarse a la plenitud sacramental de la Eucaristía.